



CONCEPCIONES DEL PROCESO EDUCATIVO SEGÚN LA PEDAGOGÍA LOGOSÓFICA

HOMBRE

La Logosofía afirma que el hombre es un ser indivisible, pero constituido por dos naturalezas, la física y la espiritual, que encierran un mecanismo que puede articularse en armoniosa conjunción:

- Naturaleza física, dotada de un organismo con función automática y permanente más allá de la voluntad, de órganos y sistemas biológicos que actúan y se comunican maravillosamente entre sí, y de un mecanismo psicológico que se resume en el alma, compuesta por tres sistemas: mental, sensible e instintivo.
- La naturaleza espiritual del hombre, que corresponde a su espíritu, se distingue de la física por ser incorpórea e imperecedera.
- El organismo físico, corpóreo, visible, nace y se desarrolla como base material de la existencia humana. Unido a lo físico, la naturaleza espiritual, invisible a los ojos, pero tan real como la primera, es la que ofrece al ser humano la verdadera sensación de existir, pensar, amar, anhelar la felicidad, aspirar a ser mejor y, principalmente, a conservar. vivas las preocupaciones sobre Dios, la vida y la muerte, que desde la infancia persisten y inquietan a la inteligencia.
- Es precisamente la naturaleza espiritual del ser humano la que destaca claramente prerrogativas especiales, distinguiéndolo de los miembros de las demás especies que habitan la Tierra. El ser humano debe comprender que todos sus esfuerzos deben estar dirigidos hacia el predominio de su naturaleza espiritual en él, para experimentar en su conciencia la sensación plena de la perennidad.



La Pedagogía Logosófica, consciente de esta realidad, promueve, a través de la currícula escolar, la articulación de estas dos realidades humanas del educando, favoreciendo el desarrollo de valores intelectuales, morales y espirituales en cada una de las etapas de su vida.

La investigación pedagógica en la escuela logosófica permite que el currículo se desarrolle en actividades que favorezcan la gravitación de la vida inteligente y espiritual sobre la vida física.

REALIDAD PSICOESPIRITUAL DE NIÑOS Y ADOLESCENTES

La Logosofía declara que, en su conformación psicológica, el hombre está dotado de tres sistemas: el mental, el sensible y el instintivo, los cuales deben desarrollar sus actividades en forma armoniosa y equilibrada, en pro de su evolución consciente.

En el niño se desarrolla el mecanismo psicológico y se forma su carácter. Recibe gran influencia del medio en que vive y, como su razón no está en pleno funcionamiento, por falta de conocimientos que la ayuden a distinguir los pensamientos generadores de su conducta, actúa tendiendo unas veces al bien, otras veces al mal.

La mente, principal dispositivo de la psicología humana, puede prepararse para enfrentar la vida y sus dificultades con elementos que favorezcan la acción inteligente de los pensamientos y las facultades mentales. Esta preparación se hace con recursos que permiten a la mente emanciparse de toda presión ajena a su pensar y sentir.

Durante la infancia es fundamental orientar al niño en el uso de la imaginación y la memoria, estimulando también el ejercicio de otras facultades de la inteligencia, como la comprensión, la observación, el razonamiento, el pensamiento y otras.

Una parte importante de la enseñanza logosófica y del autoconocimiento es identificar y superar las deficiencias psicológicas, que son pensamientos negativos incrustados en la mente, que ejercen una fuerte presión sobre la voluntad del individuo.

El sistema sensible está formado por la sensibilidad y los sentimientos. La sensibilidad dispone de las energías internas, equilibrando la vida psíquica y articulando el



funcionamiento de las facultades sensibles, entre ellas las de amar, agradecer, sentir, compadecer.

La Pedagogía Logosófica enseña a estimular en el alumno sentimientos que embellecen la vida. Los sentimientos exigen una íntima consagración por parte de quienes están dispuestos a cultivarlos, y deben esforzarse por conservarlos y aumentarlos, ennobleciéndolos gradualmente. Constituyen un factor de equilibrio de la conducta.

Las energías del instinto, básicas para la defensa y conservación de la vida, deben encauzarse adecuadamente en favor del desarrollo mental, sensible y espiritual.

Es necesario despertar y enriquecer la conciencia del estudiante. La conciencia se forma mediante la asimilación y práctica de los conocimientos puestos a su alcance, así como mediante el desarrollo de la capacidad de pensar y sentir para conducir correctamente la propia vida, encaminada a satisfacer las necesidades de la existencia.

La Logosofía hace importantes consideraciones sobre la presencia del espíritu individual en la vida cotidiana de todo ser humano, dedicando estudios especiales a sus manifestaciones en la niñez y la adolescencia. Estos estudios merecen la atención e investigación de los educadores, pues constituyen puntos básicos para la educación de niños y jóvenes. Se describe al espíritu como una potencia inteligente y dinámica de la existencia humana, aclarando el papel fundamental que asume:

- en el desarrollo de las capacidades humanas;
- en el funcionamiento regular y firme de las facultades de inteligencia;
- en la proliferación de ideas y pensamientos de alto valor;
- en el enriquecimiento de la conciencia por el constante aporte en conocimientos de orden trascendente;
- En el hecho de que sobrevive cuando cesa la vida del ente físico, pues recoge y perpetúa la existencia del hombre, sin perder su individualidad en cada ciclo de manifestación corpórea.



La experiencia de observación y enseñanza con niños, desde el nacimiento hasta la pubertad, nos muestra que la mente del niño es tierra virgen y fértil, que presenta posibilidades asombrosamente fértiles para el desarrollo natural de la vida consciente. Su espontaneidad, su alegría, su afán de saber, su observación minuciosa de las cosas que la rodean, las preguntas inteligentes que hace, sus respuestas que sorprenden a los adultos, todo eso revela esta realidad.

Durante la niñez, el espíritu se manifiesta en el ser físico o alma del niño para preservarlo de los males que le aguardan y compartir con él momentos muy gratos. El niño todo lo ve con los ojos del espíritu, por eso guarda, de manera casi indeleble, las imágenes que lo impresionan, que a veces reaparecen en el hombre como alicientes o inspiraciones que iluminan su andar por el mundo.

El despertar de la pubertad trae como consecuencia el retiro del espíritu. Esto sucede porque, a esta edad, el instinto adquiere fuerza, surgen las pasiones y el ser físico se sumerge de repente con más fuerza en el materialismo. Aparecen rebelión y contestación, crítica e ironía, ensoñaciones e ilusiones, estados extremos de alegría y tristeza, inseguridad y desconfianza en el futuro y en los adultos. La Logosofía declara que es posible neutralizar la influencia del instinto durante la pubertad y evitar que anule la del espíritu.

Conociendo el papel que juega el espíritu individual durante la niñez y la adolescencia, la educación logosófica se preocupa por favorecer sus manifestaciones tutelares. Este conocimiento básico permite al maestro preservar al niño de prejuicios, creencias y cualquier idea sugestiva e inhibidora que atente contra el normal desarrollo de su naturaleza pensante y demás atributos relacionados con su estatus superior entre los seres creados.

La aplicación de la Pedagogía Logosófica en los estudiantes indica que:

- la acción pedagógica debe despertar en los estudiantes la conciencia de lo que piensan, hacen y sienten;



- el conocimiento de los pensamientos y las deficiencias psicológicas aumenta las fuerzas psíquicas que sustentan la inteligencia, constituyendo un valioso recurso pedagógico;
- las actividades ofrecidas a los estudiantes, sin limitar su libertad, deben alentarlos a cultivar pensamientos constructivos y útiles;
- sólo cuando está psicológicamente educado, consciente de las prerrogativas de su libertad, es que el hombre sirve a la sociedad, sin ser absorbido por ella;
- es necesario fomentar en los niños las manifestaciones tutelares de su espíritu, evitando todo lo que pueda anular su inestimable ayuda;
- la especial atención prestada a la presencia del espíritu en la infancia permite al adolescente entrar en la pubertad sin que lo asalten miedos e inhibiciones;
- para que el espíritu mantenga su influencia con el adolescente, así como en la niñez, es necesario enseñarle a crear sus propias defensas mentales;
- favorecer la presencia del espíritu en la niñez y la adolescencia permite crear la flexibilidad mental y sensible que responde al anhelo del ser humano de acercarse a su Creador;

La educación debe fomentar el amor a Dios, fuente de toda sabiduría, e inspirar el amor a los padres, hermanos y demás seres humanos con el ejemplo.

CONOCIMIENTO

Se sabe que todo lo que el hombre sabe, tiene y hace lo tomó de una fuente única y exclusiva: la naturaleza. Para ello utilizó su inteligencia, mediante el uso de las respectivas facultades, como la de observar y la de pensar. Esto quiere decir que todos los procesos inteligentes que tienen lugar en el universo -con las exuberantes manifestaciones de la vida mineral, vegetal, animal o humana- siempre han fascinado, perturbado y movido al



hombre a escudriñar esa misma naturaleza para satisfacer sus inquietudes y necesidades de saber.

El conocimiento acumulado a lo largo del tiempo es lo que ha hecho factible la evolución humana, además de proveer para la supervivencia del hombre y el progreso material del mundo, con la ampliación de su comodidad y bienestar.

Sin embargo, todo este conocimiento, cultivado y transmitido a través de generaciones, no ha sido suficiente para hacer de ese mismo hombre un ser más equilibrado, más feliz, verdaderamente más humano.

Adquirió conocimientos que le permiten explorar el universo, conocer otras galaxias, pero no tiene conocimientos que le permitan viajar dentro de sí mismo, explorando lo que existe en ese infinito mundo interno. Finalmente, nuestros ojos y microscopios ultrasensibles se han especializado en la ciencia del mundo físico, pero nunca han permitido correlacionar este conocimiento con nuestra vida interior, nuestra vida mental y sensible.

La Logosofía es la ciencia que viene a llenar este vacío, abriendo al hombre las más amplias perspectivas de conocimiento, investigación y estudio de su propia vida mental y espiritual.

Este conocimiento, tan esencial para la vida y la evolución humana, es el que la Pedagogía Logosófica hace accesible al estudiante, a través de un trabajo que integra dichos contenidos en la enseñanza de asignaturas actuales que versan exclusivamente sobre el conocimiento de la realidad física del hombre y del universo.

La Pedagogía Logosófica se propone, por tanto, despertar en la mente de los alumnos las angustias frente a otro tipo de saber, encaminándolos a emplear sus energías en la búsqueda y alcance de ese saber superior, que es el que les hará cada día más conscientes y más feliz.



EDUCACIÓN

Coherente con la concepción del hombre que presenta la Logosofía, la Pedagogía Logosófica apunta a la formación integral del ser humano, es decir, a atenderlo y educarlo en su configuración bio-psico-espiritual.

No ignora, por tanto, que paralelamente a la enseñanza de las materias curriculares que se ponen al alcance del estudiante, sea niño, adolescente, joven o adulto, es necesario ofrecerle los elementos que necesita para formarse en la totalidad de su ser psicológico, moral y espiritual.

Su concepción de la educación va más allá, entonces, que la enseñanza de los contenidos que integran los programas oficiales, para expandirse a las esferas de las necesidades espirituales del ser: el conocimiento de sí mismo, del mundo mental, de las Leyes que rigen la vida universal del ser humano y, como culminación, el conocimiento de Dios, máxima aspiración del hombre.

Así, apunta a una educación superior, acorde con la condición espiritual del género humano.

PROCESO DE ENSEÑANZA Y APRENDIZAJE

El método logosófico establece que la función de enseñar no puede ejercerse sin haber adquirido previamente los conocimientos que hacen posible el ejercicio de esa función, sustentando lo que enseña con su propio ejemplo. Respecto al conocimiento de la vida, la Logosofía afirma que “no se puede enseñar lo que se sabe si al hacerlo no se refleja -como garantía del conocimiento- la seguridad que cada uno debe dar con su propio ejemplo”.

Logosóficamente, el proceso de enseñar comienza, por tanto, con el de aprender, pues es indispensable saber en qué consiste el acto de enseñar, qué se quiere y se debe enseñar, y por qué enseñar.

El acto de enseñar es, para la Logosofía, uno de los actos más trascendentes que el hombre puede realizar. Se concreta en el acto de transmitir lo que realmente se sabe, lo



aprendido a través del estudio y la experiencia, siempre en la generosa posición de ayudar a otros a adquirir los mismos conocimientos. Este acto de enseñar tiene lugar no en la pura transmisión de conocimientos, sino en la formación del ser que está siendo enseñado para que él mismo realice en sí mismo la función de aprender, capacitándose para la vida y también para el ejercicio, en su tiempo, de esa misma función de enseñar.

Así, se enseña a hacer capaz al ser, capaz de autoabastecerse en todos los órdenes de la vida, y a desarrollar todas las aptitudes que enriquecen la vida y forman a cada persona en la totalidad de su ser. No se enseña sólo para el ejercicio de una profesión o para la satisfacción de las necesidades materiales de la vida, ya que esto limita las perspectivas individuales y el alcance de la vida misma, esterilizándola en el plano estrictamente físico; se enseña para que el ser trascienda los límites de su vida física y alcance los vastos campos de la vida mental, moral y espiritual; por lo tanto, se enseña para la vida en su sentido más amplio.

Para ello, como ya se mencionó, el acto de enseñar no se limita a impartir los contenidos que componen los programas de enseñanza. Junto a ellos, interpenetrándolos, deben fluir conocimientos de orden trascendente, que son los que sirven al desarrollo mental, moral y espiritual del ser, y no sólo a su desarrollo intelectual.

El aprendizaje de conocimientos de esta naturaleza tiene un impacto inmediato en el aprendizaje de los contenidos curriculares, ya que proporciona al ser una posición más amplia frente a sí mismo, a los demás y a todo lo que concierne a su propia vida. Aprende a valorar el tiempo, el esfuerzo y la actividad, porque estos son la esencia misma de la vida; aprende a escuchar, a elaborar y expresar sus propios pensamientos; aprende a colocarse en la posición más respetuosa hacia todo y todos los que tienden a enriquecer su vida y su ser; aprende finalmente a aprender con generosidad, para poder ejercer también el sublime arte de enseñar, de ser útil al prójimo.

Este orden de saberes que la Logosofía pone al alcance del hombre, y que la Pedagogía Logosófica hace accesible a los niños y adolescentes, es el que formará un nuevo tipo de ser y, con él, una nueva cultura y una nueva humanidad, más consciente y más feliz.



PROFESOR

La Pedagogía Logosófica otorga al maestro un papel muy importante en el proceso de enseñanza y aprendizaje: a él le corresponde estimular en el alumno el gusto por el conocimiento y, en consecuencia, el gusto por el estudio.

No puede ser un simple transmisor de conocimientos adquiridos en cualquier rama del saber, sino un ser activo y creativo, que transfiere en su acción la energía y creatividad que confiere el saber.

Su acción no puede limitarse sólo a la rama del conocimiento común, dentro de la cual debe favorecer la asimilación por el estudiante de los conocimientos que le son inherentes, mediante la fructífera actividad de las facultades que forman su inteligencia; debe expandirse a conocimientos de carácter superior, que es lo que forma internamente al estudiante, y no sólo a niveles de mera ilustración intelectual. Este debe ser siempre el objetivo de toda acción pedagógica: poner al alcance del ser todos los recursos para que se forme integralmente, para que pueda desempeñar en sí mismo las altas funciones para las que fue creado.

Para la Pedagogía Logosófica, maestro es aquel que, realizando en sí mismo todo lo que se propone enseñar, lo hace con la palabra, con el ejemplo y, siempre, con el respeto, la alegría, el gusto, el entusiasmo y el amor, elementos que le permiten establecer un puente de comprensión y afecto con sus alumnos, indispensable para que el acto de aprender se verifique en ellos.